



## REVISTA SEMANAL.

Se publican 48 números al año.  
Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte, siendo precisa condición hacer la suscripción por anualidades.

## AÑO 3.º—NÚMERO 31.

DIRECTORA,  
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

23 de Agosto de 1877.

## PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

### SUMARIO.

El sueño de un ángel, por doña Ana Verdier.—En la agonía de mi hija, poesía, por don Juan Vega.—Calvario y redencion, novela, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—El Pastor y su rebaño, poesía, por don Ricardo Sepúlveda.—El hermano Leon, por don F. G. R.—Variedades.

## EL SUEÑO DE UN ÁNGEL.

(Conclusion.)

—¡Ah! exclamó.

El hombre se acercó á ella y quiso tomarla la mano.

—¡Desdichado! gritó la infeliz.

El hombre dió un paso atrás.

—¡Mi mujer!—exclamó—¡María!

Y creyendo soñar se pasó la mano por la frente.

—¡Dios mío, está ébrio!—dijo la pobre mujer.

Hubo un momento de silencio.

El hombre reunia sus recuerdos y luchaba contra la embriaguez que trastornaba su razon.

—Inés me ha engañado, decia como hablando consigo mismo; mas no..... no podia saber.....

¡Pardiez! me he equivocado de puerta.... ¡quién

diablos podia figurarse que vivia en esta casa mi mujer!

María, casi desfallecida, se dejó caer en su asiento y prorrumpió en llanto. Juan la miró estupefacto; esas lágrimas, ese dolor silencioso y digno, le causaban una impresion que no acertaba á comprender.

Por segunda vez se pasó la mano por la frente.

—¡Lágrimas! ¡suspiros! dijo al fin, no he venido á eso....

Y se dirigió hácia la puerta. María le cerró el paso.

—¡Un momento! exclamó; escúchame, Juan.

—Déjame.... aquí hace frio.... voy á cenar.... ¿tienes tú algo que darme?

Y lanzando una carcajada, añadió:

—¿Por qué no? tú eres trabajadora, económica, y tendrás la despensa bien provista.

—Tus hijos no han cenado—contestó dolorosamente la pobre mujer.

—¡Mis hijos!—exclamó Juan—es verdad, tengo hijos.

—¡Desgraciado!—suspiró María—ni siquiera vive en él el cariño de padre!

—Llévame junto á mis hijos—dijo el borracho—quiero verlos.



—¡Allí están!—contestó María señalando el miserable jergon en que dormían las dos criaturas.

—La cama no es elegante.... ¿no trabajas?

—No tengo trabajo.

—¿Á quién se lo cuentas? Tú, la modista de mas fama.....

—Estoy enferma—contestó la infeliz.

—¿Tú enferma?

—Mírame.

Juan la miró.... ¿Qué cambio vió en aquel rostro? Á pesar de su cinismo, de su degradacion, el miserable se estremeció.

—¿Qué tienes?—preguntó casi con inquietud.

—No lo sé—respondió María—siento frio, luego calor.... me duele el pecho y toso mucho.

—¡Ah! murmuró Juan—¿por qué no vas al hospital? allí cuidan bien á los enfermos.... yo lo sé porque....

—¿Y los niños? dijo la infeliz.

Sin darse cuenta de su accion, Juan se acercó un poco mas á la cama.

—¡Demonio de chicos!—murmuró—tiene razon.

Y se inclinó sobre los niños dormidos, y los miró.

—Son hermosos—dijo en voz baja como si temiera despertarlos.

Iba tal vez á enternecerse.... un violento acceso de tos le llamó junto á su mujer.

—¿Qué tienes?—preguntó.

María se llevó el pañuelo á la boca y lo retiró ensangrentado.

Juan se estremeció.

—¡Sangre! exclamó, mirando á su mujer casi con terror.

La pobre mártir le señaló á sus hijos.

—¡Si yo muero—murmuró—se quedarán solos en el mundo.... abandonados, sin amparo!

Juan bajó la cabeza.

—¡Y sin embargo, tienen padre!—añadió la infeliz.

Un sacudimiento nervioso agitó al culpable, y contestó con voz ronca:

—Mira, María.... no soy digno de ellos.... mi contacto los mancharia. Además, tú vivirás.... es preciso que vivas, ¿lo oyes?

Y al pronunciar las últimas palabras, su acento era casi amenazador.

María le asió la mano y le condujo junto á la cama.

—Juan—dijo con solemne acento—vuelve en tí y escúchame. Tú fuiste bueno, trabajador y honrado; tú me quisiste, amaste á tus hijos con delirio, y nos hiciste felices.... Luego un hom-

bre.... un falso amigo te extravió.... te perdió. Jugaste.... bebiste.... te olvidaste de tu familia, y yo sufrí sin quejarme.... ¿te acuerdas, Juan?

El miserable sepultó el rostro entre las manos sin atreverse á contestar.

María prosiguió así:

—Yo no dejé de amarte porque comprendí que eras mas desgraciado que criminal: trabajé para mis hijos.... para tí.... y esperaba tranquila y confiada que reconocieras tus errores y volvieras á ser lo que habias sido siempre: trabajador y honrado.... Esperé en vano. Un dia saliste de tu casa para no volver, dejando á tus hijos sumidos en la miseria y á tu mujer en la desesperacion. ¿Por qué nos abandonaste, Juan? ¿Por qué te olvidaste de tus hijos?

Juan alzó lentamente la cabeza, juntó las manos, quiso hablar y no pudo.

—Sin embargo, tú no eras malo—prosiguió la pobre mujer—tú no has podido llegar, sin sufrir, al estado de degradacion en que te encuentro; tú has debido pensar alguna vez en tus hijos y echar de menos sus besos, sus sonrisas... te habrás acordado de tu hogar tranquilo y feliz... ¿por qué no has vuelto, desdichado?

Una lágrima ardiente rodó por las mejillas de Juan; dejóse caer en una silla y separó la vista de la de su mujer.

—Si yo te hablo de lo pasado—repuso la infeliz—es para decirte que á pesar de tus extravíos te amo, te perdono.... y si te cuento lo que ha sucedido despues, si te hablo de nuestra miseria, de nuestro abandono, es porque quiero devolver un padre á sus hijos.... es porque me temo á mí misma.... y que esta noche, al vernos sin amparo.... sin pan.... he tenido un pensamiento fatal.... No lo quiero recordar.... ¡No!.... ¡no!.... perdóname, ¡Dios mio! pues si me hubiese matado ¿qué seria de mis hijos?

Juan se levantó de un salto y asió las manos de su mujer.

—¡Matarte!—exclamó—¿qué has dicho, desgraciada?

—¡Los niños tienen hambre!—murmuró la infeliz;—¡he mendigado en vano! ¡hijos de mis entrañas!...

Á ese grito del alma, Juan respondió con otro grito desgarrador:

—Soy un miserable! exclamó cayendo de rodillas delante de su mujer,—un miserable indigno de misericordia y compasion.

María cogia las manos de su marido y las estrechaba entre las suyas.

—¡Ánimo, Juan, ánimo! aun puedes regenerarte y ser honrado.

—¡Mis hijos! ¡mis hijos!—exclamó Juan con



entrecortados sollozos, y se arrojó sobre la cama, cogió á los niños y los estrechó entre sus brazos, cubriéndoles de besos y lágrimas.

María también lloraba, pero era de felicidad.

Luis despertó sobresaltado, y al verse en brazos de un hombre á quien no conocía se puso á gritar, pero su madre le tranquilizó.

En cuanto á Andrés, reconoció á su padre y se reanimó al verlo.

Al apoyarse en su frente los labios de aquel ángel, el culpable se sintió regenerado, salvado.

En aquel momento se oyeron pasos en el corredor, la puerta se abrió y una mujer joven y hermosa entró en la boardilla.

—¡Inés!—exclamó Juan abrazando con mas fuerza á sus hijos, y estrechando la mano de su mujer.

—Sí, Inés—respondió la joven con maliciosa sonrisa—Inés la planchadora, que conocía vuestra historia, y os compadecía á los dos; Inés que ha preparado esa escena con el objeto de devolver un padre á sus hijos, la felicidad y tal vez la vida á una pobre mujer. ¿Me perdonan ustedes?—añadió la joven alargando una mano á Juan y la otra á su esposa.

—¡Ah! ¡Bendita seas, hija mia!—exclamó María estrechándola contra su corazón.

Han transcurrido quince años. María y Juan son felices.

Inés se ha casado y es también dichosa.

Luis es litógrafo, Andrés carpintero como su padre. Jamás le habló María de los extravíos de Juan; así es que al verle tan bueno, tan trabajador, tan honrado, no se atreve á comprender que lo que él creyó un sueño era realidad, y suele decir al recordar los acontecimientos de aquella terrible noche:

—Sueño fué, no hay duda.... ¡quién lo pudiera olvidar!

Ana Verdier.

## EN LA AGONIA DE MI HIJA.

Hija del alma,  
Flor de mi vida,  
No sufras tanto  
Prenda querida;  
Tos estridente  
Tu pecho exhala,  
Que en lo profundo  
Hiere mi alma;  
Y esa tos causa  
Profunda herida,  
Que nada, nada

## La cicatriza.

Eras el ángel de mis ensueños,  
De mi esperanza eras el dueño,  
Tú eras mi dicha, mi porvenir;  
Mas hoy la parca, conmigo ingrata  
Mi luto labra, mi dicha mata,  
Que corta el hilo de tu existir.

Ya de tus labios rosados  
No oiré las quejas sencillas;  
De tu boca el dulce aliento  
Pronto ya no sentiré,  
Porque frios y morados  
No besarán mis megillas,  
Porque dentro de un momento  
Elvira, te perderé.

Cuando la tierra alumbre  
La luz del nuevo día,  
Las puertas de los cielos  
Abiertas estarán,  
Y á recibir un ángel  
Querubes á porfía  
Con sin igual anhelo  
Á su dintel saldrán.

Ya cuando al campo vaya  
Á distraer mis penas,  
Las flores y las aves  
De menos te echarán;  
Las aves y las flores  
Con dulces cantinelas  
Y multitud de olores  
Por tí preguntarán.

Entonces mis ojos, por llanto bañados  
Elvira, en el cielo, te han de buscar,  
Y mudos mis labios, de pena agobiados  
Tan solo suspiros podrán exhalar;  
Tan solo el silencio será mi respuesta,  
Bastante á las aves dirá mi callar,  
Tú, niña, entretanto, del cielo en la fiesta  
Verás á tu padre sufrir y llorar,  
Verás de las flores el blanco rocío  
Mezclado con llanto que yo verteré,  
Que pronto, hija mia, muy pronto, bien mio  
Camino del cielo marchar te verá.

Pero Dios, compasivo por esencia  
El hálito vital que te faltaba  
Te vuelve á conceder: su omnipotencia  
El alma mia con fervor alaba;  
Nada pudo de tí la humana ciencia  
Por mas que sus recursos agotaba.



¡Gloria al Eterno, al Poderoso, al Sábio,  
Que es pequeño á ensalzar mi pobre lábio!

Juan Vega.

Villagarcía de Campos 20 Abril 1874.

## CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE DOS HERMANOS.

Fabian á Maria.

He leído tus dos cartas, hermana mía, y mi corazón se extremece de dolor al pensar lo que sufres, y mi espíritu se subleva ante la idea de que pese sobre tu frente la culpa de esa mujer, que es bastante infame para engañar á su esposo, y bastante cobarde para aceptar el sacrificio de una pobre niña, que la entrega su nombre y que la escuda con su inocencia.

Oh! hermana mía! tú la mas digna y la mas noble de las mujeres: tú la hija predilecta de los marqueses de Alba-Luz, tener en tu puro nombre una sola mancha, aparecer envilecida ante el pensamiento de un hombre, aunque sea solo por un momento! esto subleva mi espíritu y hace latir de colera mi corazón, haciendo que cruce por mi mente la idea de abandonarlo todo, de correr á tu lado y de proclamar tu inocencia, desenmascarando á esa mujer á quien desprecio sin conocerla.

Oh! dime una palabra, sepa yo que aun dura esa mentira infame, y nada respetaré y arrastraré por todo, Maria.

Tambien mi situacion es violenta y penosa.

Ya sabes que Valeria, por capricho ó por pasatiempo me distingue, y se empeña en acercarme á sí.

Este empeño crece mas á medida que pasa el tiempo, y te juro que se necesita una voluntad firme y una razon muy serena para no ser engañado y envuelto entre la luz de sus ojos y la dulzura de su sonrisa.

Oh! pero nada temas: conozco bien á esta mujer, á esta mujer que se asemeja á esas flores de galana apariencia cuyo perfume envenena.

Julio, el infeliz Julio, víctima de su fatal belleza se encargaria de recordármelo á cada paso, si yo por ventura lo olvidase un instante.

El pobre joven sufre de una manera cruel.

Á pesar de mis esfuerzos, los celos le devoran, y lucha entre el odio que le inspiro cuando me cree su rival y el afecto que siente por mí cuando me juzga su leal amigo.

Mil veces sus lábios se han entreabierto para revelarme algo del pasado; algo que debe ser espantoso, pero luego le contiene no sé qué te-

mor que sella su boca y detiene sus confidencias.

Oh! Maria! yo adivino una trama fatal de que acaso la madre de Angelina ha sido víctima, de que acaso ella misma lo es.

Valeria siente una repulsion invencible hácia esta pobre niña; parece que su presencia la inspira miedo.

La vez primera que la vió despues de su milagrosa curacion, sus mejillas palidecieron, y ella, que domina cuanto tiene en rededor, ella que lo avasalla todo á su voluntad, tembló y se estremeció ante esta débil criatura, que á su vez la miraba con espanto.

Despues la ha vuelto á ver, y en esta segunda entrevista me he afirmado en mi propósito, y creo que solo por no aparecer á mis ojos cruel ó desnaturalizada, ha permitido que su hermana se acerque á ella.

Al dia siguiente de haber encontrado á Angelina en el jardin, subí á la hora acostumbrada á dar la leccion de música.

Valeria estaba sentada junto al balcon, con la cabeza apoyada en una de sus manos, y tan absorbida en sus pensamientos que no se apercibió de mi presencia, hasta que miss Clara pronunció mi nombre al saludarme.

Entonces Valeria levantó la frente y fijó en mí su mirada, mas apagada y mas melancólica que de costumbre.

—Ah! es V., Fabian? me dijo; perdone V., estaba tan distraida que no habia notado su presencia.

Despues dejó su silla y se dirigió al piano, de cuyas teclas hizo brotar algunos sonidos.

Yo estaba á su lado grave y frio como siempre.

De pronto se detuvo, fijó con insistencia su mirada en mí, y me preguntó de un modo rápido:

—Puede V. decirme, Fabian, qué doctor ha obrado el prodigio de devolver la salud á Angelina, cuando hasta aquí habian sido inútiles los esfuerzos de la ciencia para lograrlo?

—El doctor Albareda, contesté con voz reposada, es quien ha indicado algunos medicamentos que han contribuido á su mejoría.

—El doctor Albareda! no recuerdo ese nombre ni creo haberle oido figurar nunca entre el de nuestros amigos.

Yo guardé silencio, pues en verdad nada tenia que contestar.

—Ha sido mi padre quien le ha hecho venir, si V. sabe?

—No, señorita, dije; el doctor es amigo mio.



—Ah! exclamó fingiendo ó sintiendo verdaderamente una gran sorpresa. V. ha sido? yo no sabia.... cuándo conoció V. á mi hermana, y.... cómo ha podido hacer lo que nosotros no nos atrevíamos á intentar ya?

—Es muy sencillo: la ví un dia en el jardin; tuve lástima de aquel ser indefenso y débil: ¿quién no tiene lástima de una niña muda y baldada? volví á encontrarla una ó dos veces y la miré con la afectuosa ternura con que un padre mira á su hija, y su alma, dormida ó aletargada hasta entonces, se conmovió agitada por el dulce calor de un afecto puro y suave. Lo que la ciencia no habia logrado lo hizo acaso la casualidad ó la Providencia. Albareda era mi amigo: le supliqué que viniera.... dió esperanzas, y quise seguir sus consejos para si algun dia lograba mi anhelo, devolverla á su padre y á su hermana, y poder gozarme en la alegría que esto sin duda les ocasionaria.

—Sí, es verdad, murmuró Valeria con acento indefinible: la sorpresa es grande, pero por qué callarla tanto tiempo?

—Quería estar seguro de la casi resurreccion de esa niña; quería además darle vida á su inteligencia, ya que habia dado á su cuerpo fuerza.

—Acaso ese deseo ha sido inútil: Angelina no podrá nunca....

—Se engaña V., señorita; Angelina comprende, Angelina siente y posee un instinto superior y un admirable deseo de aprender.

—Yo creí.... nos habian quitado de tal modo la esperanza que no me atrevia á pensar.... luego.... amaba yo tanto á esa niña, me afectaba de tal modo verla así, que los médicos me prohibieron tenerla á mi lado, y.... hasta poder escuchar sus gritos.

Nada respondí á estas palabras, ¿que podia decirle si todo aquello era una infame falsía?

—Pero ahora es diferente, añadió Valeria; ahora quiero tenerla junto á mí; tengo ese derecho y no renunciaré á él tan fácilmente.

No sé si fué ilusion mia; pero en el acento de aquella mujer habia algo de siniestro, algo de extraño que me causó una impresion que no sabré definir.

—Luego, me dijo, cuando terminemos la leccion, dará V. orden á Susana de que conduzca aquí á Angelina; ayer solo la oí pronunciar algunas palabras, y quiero juzgar por mí misma de su transformacion antes de noticiársela á mi padre: para él será el gozo tan inmenso, que no quiero exponerle á sufrir un desengaño, si la salud de esa niña no ofrece una completa seguridad; por lo tanto, yo ruego á V. que nada hable de esto hoy.... ó al menos hasta que yo preven-

ga á mi padre. Una alegría inesperada puede perjudicar tambien.

—Haré lo que V. desea, señorita, la dije solo; haré lo que V. desea.

Valeria, contra su costumbre, estaba tan agitada, que suspendió la leccion por aquel dia, y me dió licencia para retirarme.

Cuando ya iba á hacerlo, ella pareció vacilar un instante, pero al verme próximo á la puerta,

—Fabian, dijo; hágame V. el favor de decir á Julio que deseo verle.

Me incliné y salí de la estancia con un mundo de ideas en la cabeza.

Para qué necesita esa mujer á Julio, cuando ni le habla ni piensa en él hace tanto tiempo?

Qué significa esa mudanza?

Querrá atraerle de nuevo?

Querrá utilizarle para alguna intriga, como él en sus palabras me ha dejado entrever?

No sé; pero estaré prevenido y todo lo adivinaré.

Adios, hermana mia: sepa yo pronto que te has justificado, desecha toda vacilacion, y cree en el amor de tu hermano—FABIAN.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## EL PASTOR Y SU REBAÑO.

Apenas aparece por Oriente la temblorosa luz de la mañana, cuando por la alta cima se dibuja como cinta de plata, y á su tibio fulgor, el negro manto de la noche se rasga; cuando ya palidecen las estrellas de mirar á la aurora avergonzadas, cuando se abren las flores, y las aves al nuevo dia cantan; cuando aromas y trinos lleva el viento de montaña en montaña, para anunciar el dia que amanece y la noche que acaba.... un niño, un pastoreito de seis años, abre tambien sus ojos con el alba, y con traje de pieles mal sujeto y el zurrón á la espalda, sale á llevar al monte su rebaño, que impaciente le aguarda, y á una seña del niño, por la puerta del redil le acompañan. Ya libres por el campo los corderos en alegre manada, unos tras otros corren y se agrupan siempre en torno del niño que les guarda.



Libres están, pudiera á otros lugares escapar una oveja descarriada sin que el niño pastor, en su carrera, detenerla lograra.

Mas no es así: cuando el rebaño unido que en libertad se vé, sabe apreciarla para hacerle seguir la buena senda un débil niño basta.

Dichosos son los padres cuyos hijos nunca la senda del deber traspasan y al paternal consejo siempre atentos tan dulce y blanda autoridad acatan.

Ricardo Sepúlveda.

Madrid.

## EL HERMANO LEON.

(Continuacion).

—Pero hermano mio, jamás se parlamenta con semejante canalla. Por mi parte, nunca iria aun cuando fuese verdadero heraldo y estuviese protegido por el uniforme del emperador Carlos IV rey de los Romanos.

—Tened ánimo, hermano mio, yo creo que estos hombres están sujetos á una voluntad que obedecen ciegamente. Además, en otras ocasiones me he arrojado en medio de rebeldes diez veces mas numerosos que estos miserables, y he expuesto mi pecho á los golpes con que me amenazaban.

—Yo no sé, si como se dice, habeis sido un grande de la tierra, pero estoy bien seguro, que sois un valiente, porque yo no me atreveria á hacer lo que vos, yo que pasaba en otro tiempo por el mejor hombre de armas de Monseñor el conde de Harcourt.

Y al decir esto, corrió los cerrojos y abrió la puerta para que pasase el hermano Leon. Este se encontró fuera de los muros, de pié sobre la grada mas alta del pórtico.

Delante de él, bajo sus piés, se agitaba una multitud inmensa de hombres y figuras particulares, sobre las que el crimen habia dejado impresadas sus horrorosas señales. Las sombras extrañas que arrojaba sobre sus rostros la luz rojiza de los hachones, los hacia aun mas terribles. Parecian una reunion de demonios y brujas. Por detrás de esta multitud, se extendia una pequeña llanura, donde no podia brillar la mas pequeña luz sin llamar la atencion de los Desolladores. Un rayo de luna ondulaba sobre el rio, y dibujaba en el cielo despejado las altas torres del hotel Saint-Pol. Mas lejos, un poco hacia la izquierda, Nuestra Señora, la an-

tigua iglesia de Felipe Augusto y de San Luis dominaba la ciudad dormida, en la que brillaban algunas luces fugaces.

Un hombre que recorria libremente los grupos de malandrines, se adelantó y subió penosamente las gradas. El hermano Leon lo reconoció por el rico tahalí de su espada. Era Juan Rouaut, que tomando una punta del hábito del religioso la llevó á sus lábios, y dijo extendiendo la mano hacia la multitud:

—Padre mio, mirad el ejército que os prometí.

—Sus violencias de esta noche, respondió tristemente el monge, son mal preludio de nuestra santa empresa.

—Ah! padre mio, dijo Rouaut, mucho trabajo me ha costado quitarles su presa! pero he hecho prender á los mas culpables, y tened entendido, añadió en voz mas alta, y dando una patada sobre unas masas negras tendidas en el suelo que el hermano Leon no habia notado, que estos lindos pillastres muy pronto irán á hacer somormujos en el Sena. Las aguas corren mucho y mañana á la tarde pueden muy bien haber llegado al puente de Nantes, si antes no han sido devorados por los peces.

—Valiente Brúlefer, gritó una de aquellas masas negras que se agitaba penosamente bajo sus ataduras, íbamos á socorreros; creíamos que os habian preso.

—Misericordia! gritaron á un tiempo otros muchos de aquellos infelices presos.

—No podriais haber esperado mi señal? dijo Brúlefer dando una patada á dos ó tres que cayeron rodando hasta el final de las gradas; vosotros servireis de escarmiento!

El mas profundo silencio reinaba entre el tropel de los Desolladores. Ni una voz se atrevió á hablar en favor de los condenados. Juan Rouaut empezó una corta alocucion en *argot*, en la cual refirió á sus compañeros lo que le habia acontecido aquella noche, y cómo habia encontrado bajo el hábito religioso, á un rey que los ponía á sueldo, y queria enviarlos á pelear con los sarracenos, á las órdenes de un valiente llamado Pedro de Lusignan.

Esta noticia pareció colmarlos de alegría, sobre todo, cuando les aseguraron que los moros tenian muchas riquezas.

—Ahora, hijos mios, dijo concluyendo Juan Rouaut, debemos separarnos y dejar á los reverendos padres que pasen mejor el resto de la noche. No olvidéis que el primero que ya cometa la mas leve falta, será colgado de los piés sobre el fuego, hasta que su esqueleto de puerco esté enteramente asado.



El discurso de Juan Rouaut habia sido escuchado con el mayor recogimiento. Cuando hubo concluido empezaron los malandrines á hablar entre sí, pero en voz baja como si se encontrasen en presencia de sus jefes. La disciplina era entre ellos mas rigurosa que en los ejércitos regularizados. La voz del jefe vibró todavia para llamar veinte hombres que voluntariamente cargasen sobre sus espaldas á los infelices que debian ser ahogados, y se encaminasen hácia el puente Rouge, desde lo alto del cual debian precipitarlos al Sena, á la altura de veinte piés que tiene aquel sitio del rio. El hermano Leon se interpuso.

—Hijo mio, dijo á Juan Rouaut, admiro la disciplina de tu gente que augura bien para la empresa á que vas á conducirla; no emponzoñes la alegría de que está lleno mi corazon, cometiendo un acto de crueldad.

Esta súplica pareció contrariar á Brülefer.

—Eso será un mal ejemplo, padre mio, respondió; sin embargo, nada puedo rehusaros. Si quisiérais al menos que se ahorcasen, os lo agradecería.

—Yo no quiero otra cosa, respondió el monge, sino que vuelvan entre sus compañeros y sean tratados como ellos.

Luego que desataron á aquellos pobres diablos y los pusieron en libertad se fueron dando cabriolas á reunirse con su gente. La severidad de la disciplina no pudo impedir que manifestasen todos con vivas aclamaciones cuánto se habia captado su voluntad el monge provocando aquel acto de clemencia; pues pidieron á grandes voces su bendicion y la recibieron piadosamente de rodillas.

—Á Dios, padre mio, dijo Juan Rouaut poniéndose á la cabeza de su gente; á la primera señal me tendreis á vuestra disposicion con quince mil hombres.

Los Desolladores, colocados en buen orden, se retiraron silenciosamente, y algunos momentos despues, el hermano Leon se encontró solo sobre las gradas del monasterio, en presencia del dia que empezaba á teñir de púrpura las ligeras nubes extendidas por el cielo.

No habia en aquel tiempo tanta diferencia como hoy entre un pilla y un hombre honrado, y un ejército organizado era tan dañoso para el pueblo en que estaba de guarnicion, como los bandos de Desolladores, á quienes no faltaba mas que una bandera. Entonces la religion hablaba bastante alto para que fuera escuchada hasta por los mas criminales y detenerlos en medio de sus excesos.

La ronda llegó como siempre, despues de ha-

ber dormido descansadamente y cuando ya no hacia falta. El capitán dijo que tenia orden para instruirse particularmente del estado de un hermano profeso llamado Leon, é introdujo á un preboste vestido de negro, encargado de informar sobre los acontecimientos de aquella noche. El hermano Leon, que no ignoraba cuanto dependia el resultado de sus proyectos de que no se inquietase á sus nuevos protegidos, trató de atenuar el daño; el prior tambien intercedió por ellos, pero todo fué inútil.

—Señores, la justicia seguirá su recta senda, respondió doctoralmente el magistrado. El deber del príncipe, es velar por la seguridad de sus súbditos, y sobre todo por la de aquellos que, como vosotros, están imposibilitados por su profesion, de defenderse por la fuerza de las armas; por consiguiente, tan luego como hayamos visto, revisado, examinado, pesado y considerado las súplicas, contestaciones, alegatos, agravios y entredichos, porque *opposita juxta se posita magis elucescunt*, sentenciaremos segun nuestra ciencia y conciencia.

Se le enseñaron al preboste los cadáveres de los cuatro Desolladores que habian perecido bajo los golpes del hermano Ambrosio, y los hizo atar á las colas de los caballos de los arqueros para que los arrastrasen hasta el Chatelet. Declaró por insuficiente aquella matanza y añadió que la intencion de la corte era hacer sentir el rigor de la ley, dispersándolos y apoderándose de su jefe, á cuyo fin habia puesto su cabeza á un precio considerable.

#### IV.

##### Los últimos Cruzados.

Como su padre, como casi todos sus predecesores, Carlos V habia prometido ir á combatir á Palestina; pero la aversion á las armas, que con alguna razon se ha supuesto á este príncipe, agregada á sus inclinaciones naturales que lo hacian mas apto para salvar á la Francia en un tiempo en que la guerra la habia destruido, lo retrajeron de cumplir su promesa, al menos en cuanto á su persona, y solo se obligó á socorrer con hombres y dinero al príncipe que quisiese ponerse al frente de la empresa.

Era un rey á quien su papel tan bien hecho por tener un alma noble y caballeresca era naturalmente repugnante. Pedro de Lusitan, por sobrenombre el Victorioso, acababa de agregar á su triple corona de Chipre, Jerusalem y Armenia, los laureles conquistados en Siria. Unido con el gran maestre de Rodas, habia conquista-



do á los sarracenos, Alejandria, Tripoli y Smirna, y levantado en Cilicia y Caramania el estandarte de los antiguos cruzados. Era necesario para que sus conquistas no se convirtiesen en desastres, y la sangre derramada no fuese estéril, añadir nuevos soldados y tesoros á las pocas fuerzas que habia podido sacar de sus dominios. Recorria la Europa pidiendo para la cruzada, de la que se habia hecho limosnero junto á los soberanos ocupados de intereses egoistas. En aquellos desgraciados tiempos Luisian tenia que ser á un tiempo Godofredo de Bouillon y Pedro el Ermitaño. Roma lo habia socorrido: el emperador de Alemania habia pagado en vanas promesas: Carlos, delfin de Viena, regente del reino en ausencia de su padre, habia prometido igualmente; pero la Francia, invadida por los ingleses, no tenia ejército ni tesoro.

La llegada del rey de Chipre hizo sensacion en París. Su exterior correspondia á la idea que se habia podido formar de un paladin de los tiempos antiguos. Era alto, de fisonomía noble y franca, sobre la cual se dibujaban sus sentimientos de valor, lealtad y grandeza. Su lujo oriental, sus esclavos negros con turbantes de muselina blanca, que decian en voz baja que eran de los sultanes que habia vencido, le daban mas brillo y nombre. Sus tres coronas, el dictado de patricio y de cónsul de que estaba revestido como nuestros antiguos reyes Clovis y Carlomagno, todas estas cosas hacian de él, para los hombres de la edad media, un héroe vivo de las antiguas leyendas.

Era la festividad de Pascua de 1363. Carlos habia hecho todo lo posible por recibir dignamente al heredero de los reyes cruzados. Cercado de príncipes y varones que acababan de esclarecer su nombre en muchas derrotas desastrosas, y de sábios consejeros que ilustraron su reinado, el delfin ocupaba el gran salon del palacio adornado en aquella ocasion con alfombras y colgaduras azules, con flores de lis. Sobre el estrado habia un trono vacío, hacia el cual se dirigian todas las miradas, que recordaba la triste cautividad del rey Juan. Cerca de él y á una igual altura se habia colocado otro; y en medio, un poco mas bajo sobre un asiento sin espaldar, estaba el sabio Carlos V, entonces de edad de veinte y seis años. Los pares de Francia, los guerreros cubiertos de acero y los magistrados con togas color de escarlata forradas de carmesí, estaban sentados sobre lujosos bancos que se extendian á los dos lados del estrado.

*Concluirá.*

F. J. R.

## VARIETADES.

### NUESTRA SEÑORA DE LA PEÑA.

(Continuacion).

Cipriano dispuso su marcha y almorzó á fin de poder atravesar el monte de San Hipólito, en los Alpes, antes que desapareciera el sol.

Entretanto la buena madre preparó un lio que entregó á su esposo.

—¿Qué me das aquí? ¿crees que mi viaje va á durar un mes? ¿Qué has puesto, que tanto pesa?

—Nada, un regalito para Augusto, y para tí un par de chuletas, un chorizo, un trozo de jamon, pan y castañas.

—Con que, á Dios.

—Espera un momento, ponte el capote, que no estará de más; el frio es muy intenso.

—Crees que soy un jumento para cargarme tanto?

—Ya te hará falta,—y suspendiéndolo sobre sus espaldas añadía: Un abrazo en mi nombre á Augusto.

—Todo lo cumpliré, á Dios.

—Aguarda, encárgale no pierda la reliquia que le regalé, que sea devoto de la Virgen y que se aplique mucho.

—Está bien.... ¿Todavía mas?

—Mira, no le hables de mi reuma, ni de mi jaqueca; el pobrecillo se inquietaría: al contrario, hazle ver que estoy buena y que sus hermanitos crecen mucho.

—Acabáramos; ¡dichosas mujeres! nunca tienen bastante.

—Toma, no descuides el baston; el camino es largo y pesado.

—Capote, baston, chorizo, regalo, castañas, nunca he cargado tanto á mi borrico, decia Cipriano mientras se alejaba de su mujer é hijos, que no cesaron de mirarle hasta perderle de vista.

Cipriano encontró á su hijo robustísimo; sus mejillas rosadas y cierta gordura que notó en él le infundieron la sospecha de que tal vez no estudiaba; quiso cerciorarse, y su corazon rebosó en alegría al ver que profesores y condiscípulos alababan el talento y aplicacion de su hijo.

Al día siguiente cambió el tiempo, encapotóse el cielo y amenazaba furiosa tempestad.

Cipriano queria partir, pero las súplicas y lágrimas de su hijo le detuvieron. Al día siguiente la nieve cubria montes y llanuras, el viento atormentaba al pobre viajero.

Augusto acompañó á su buen padre hasta el pueblo de Gigot; despidiéronse entrambos, y Augusto encargó á su padre pernoctase en Balherbe y que no se expusiera á atravesar los Alpes en la oscuridad.

Cipriano temia que el temporal seria cosa de algunos dias, como suele acaecer en los Alpes; así es que despues de haber comido en Balherbe emprendió el viaje entre nieve y viento; el mal estado del camino le presagiaba alguna desgracia, pero temia la ansiedad de su esposa é hijitos; hubiera podido evitar la penosa ascension de los Alpes, pero no quiere regresar al lado de su familia sin haber visitado el Santuario de Nuestra Señora de la Peña.

(Concluirá).

P. V.

IMPRENTA DE DON FRANCISCO REYES,